

DESCUBRIR EL

ARTE

Año XVII nº 205
Marzo 2016 • 4,5 €
Con LIBRO 12,45 €

CAIXAFORUM
EXHIBE LAS
MEJORES OBRAS
DE LA PHILLIPS
COLLECTION

MANUSCRITOS
MINIADOS
MEDIEVALES

LAS INGRAVIDAS
ESCUPTURAS
DE CALDER

ASSEMBLE,
ARQUITECTURA
PARA LA
COMUNIDAD

VI ANIVERSARIO
DE UN GENIO DEL
RENACIMIENTO

PIERO DELLA FRANCESCA

La pintura como
una ciencia exacta





ORÍGENES DEL TEMPLO GRIEGO

AL SERVICIO DEL ENCUENTRO DEL SER HUMANO
CON LA DIVINIDAD, LOS RECINTOS SAGRADOS DE
LA ANTIGUA HÉLADE EMULABAN LOS BOSQUES
EN QUE MORABAN LOS DIOS ANTONIO PENADÉS

PARA COMPRENDER

bien los templos griegos antiguos hay que tener en cuenta que la religión era fundamental en la vida de aquellos hombres y mujeres y que la función de estos edificios de belleza singular consistía en albergar la estatua del dios principal de la ciudad. Los moradores del Olimpo a los que más templos les fueron erigidos son, por este orden,

Apolo, dios de las artes y la adivinación profética; Atenea, símbolo de la sabiduría y la destreza guerrera, y el patriarca Zeus, el único capaz de manejar el rayo. A bastante distancia, la arqueología nos revela que también se consagraron edificios a Hera, Asclepio, Dionisos, Afrodita y Poseidón.

Los griegos mantenían con sus dioses una relación compleja, a caballo

entre la adoración y el temor, constituyendo los ritos y los sacrificios una parte esencial en esta relación; no en vano, los consideraban necesarios para mantenerlos satisfechos y evitar castigos por su parte. Solo las ciudades más importantes contaban con recursos para construir un hogar en forma de templo para proteger la imagen de su principal divinidad. →

A excepción de la estatua del dios, normalmente de madera y recubierta de metales preciosos, los elementos que integraban los templos se proyectaban hacia fuera. El espacio interior apenas se usaba y los fieles no solían entrar excepto en las fiestas religiosas. Los ritos ordinarios, como los sacrificios de animales y las libaciones, se celebraban en el altar situado en el exterior, justo frente a la puerta principal del edificio, una opción lógica e higiénica, puesto que producían olores desagradables y mucha suciedad: manchas de sangre, restos de vísceras, columnas de humo grasiento, líquidos derramados en el suelo... La divinidad presenciaba desde el interior de su hogar los actos piadosos de sus fieles, ya que las puertas se abrían de par en par y quedaban directamente enfrentados a la estatua del dios y el altar.

Los santuarios griegos se rodeaban siempre con un muro perimetral dotado de una o varias puertas con con-

troles de acceso, mientras que en la parte posterior se levantaban pórticos columnados que les otorgaban mayor protección y servían para dar sombra y cobijo a los peregrinos. En ciertos casos, un patio porticado cercaba totalmente al hogar de la divinidad, dando una mayor suntuosidad al conjunto.

MEDIDAS TITÁNICAS

En época arcaica –siglos VII y VI a.C.– se construyeron en Asia Menor templos de medidas titánicas, con una anchura superior a los 55 metros y una profundidad de más del doble. Fue la construcción en piedra, que había comenzado entonces, lo que permitió tales avances. Buenos ejemplos son el Heraion de Samos, el Artemision de Éfeso y el templo de Apolo en Dídima, que con su monumentalidad cumplieron una función de asentamiento del dominio griego y de reemplazo del anterior ideario oriental.

La característica fundamental de los templos griegos fue su condición

de perípteros, es decir, que estaban rodeados por columnas en sus cuatro lados. ¿Cuál es su sentido? La columnata exterior de los edificios sagrados griegos forma parte esencial del patrón estético por el que se ha regido la arquitectura templaria helena durante siglos, un modelo que ha llegado hasta nosotros como una evidencia, como un simple postulado, pero esa corona de fustes que parece crear un telón alrededor de la naos y que sostiene a la vez la cubierta del templo conforma una estructura tan bella como misteriosa. Aunque la estética de los templos griegos ha sido estudiada con una enorme profundidad, el origen de sus elementos y su significación no han suscitado tanto interés entre los historiadores.

En un principio los templos griegos se construían con adobe y madera, siendo los antecedentes más remotos tres construcciones datadas en torno al siglo IX a.C. cuyos restos se encontraron en la ciudad de Termos,

en el golfo de Corinto, y en Eretria y Lefkandi, en la isla de Eubea. Estos tres edificios presentan una estructura muy parecida, ya que disponían de una hilera de postes que rodeaba su perímetro. Si estas primeras obras de carácter sagrado –más que nada chozas de gran tamaño: unos 12 metros de ancho por 30 de longitud–, contaban ya con pilares que soportaban la techumbre por cuestiones que tenían más que ver con la simbología que con necesidades arquitectónicas, resulta evidente que su diseño debía esconder alguna poderosa significación.

Hoy no cabe duda de que aquella simbología guardaba una estrecha relación con la idea del bosque. Por una parte, un poste de madera o una columna de piedra presentan una apariencia similar a la de un árbol. Y, por otra, es sabida la estrecha relación que los griegos antiguos establecieron

entre dioses y distintas especies arbóreas: Zeus y el roble, Atenea y el olivo, Apolo y el laurel, Afrodita y el ciprés... Esa pista conduce hasta el bosque sagrado, esencial en la Grecia primitiva.

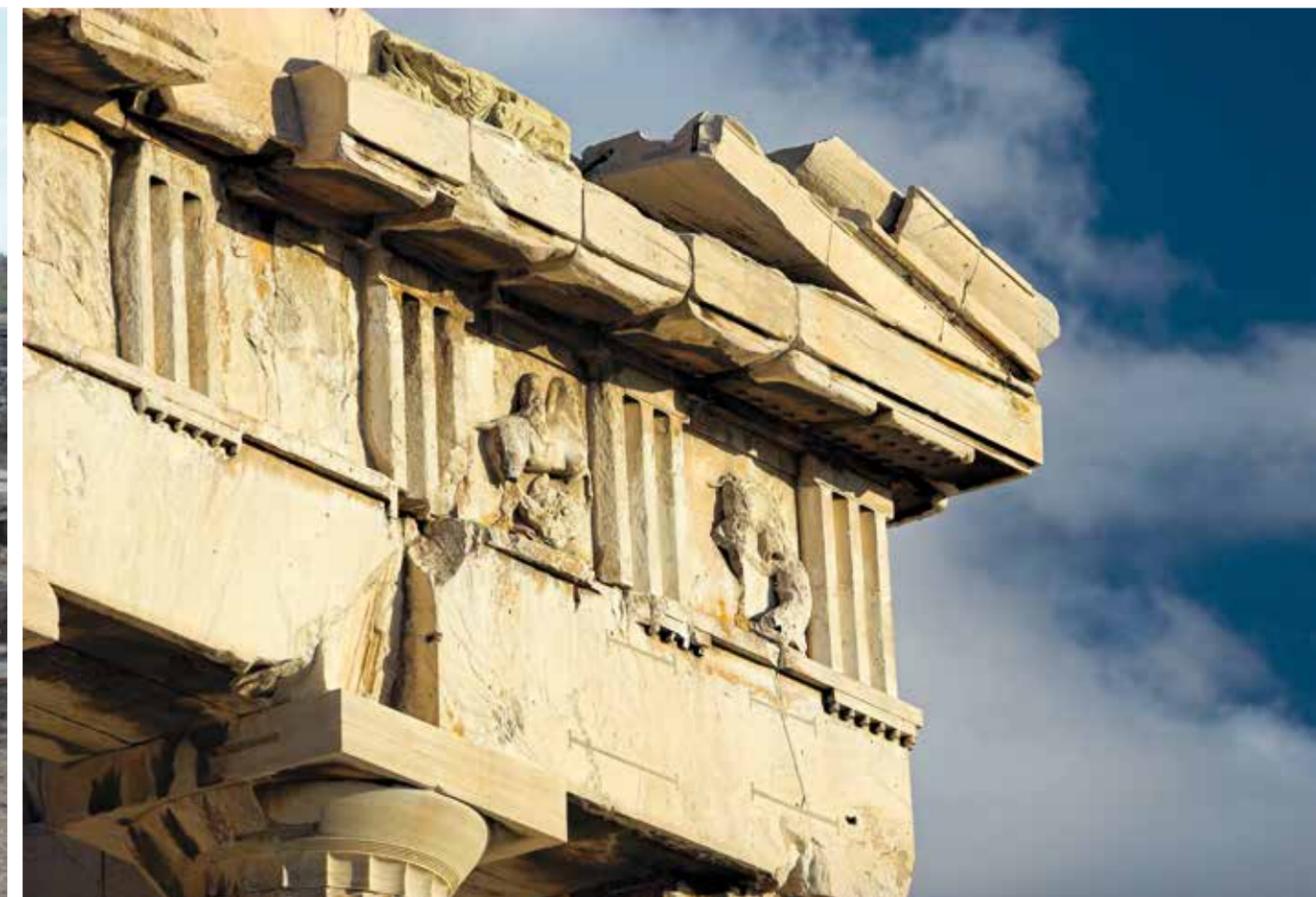
ENTORNO DE PROTECCIÓN

Los bosques sagrados solían ocupar zonas elevadas de umbría y contenían una altísima espiritualidad, y de hecho los sacerdotes de época micénica colocaban en sus claros las *xoana*, estatuas de madera que representaban divinidades, para celebrar en su presencia los ritos religiosos que les eran debidos.

El bosque sagrado cumplía todas las funciones que más tarde asumiría

el templo: se trataba de un espacio acotado e inviolable con el objeto principal de cobijar a la imagen del dios o de la diosa. Cuando, al final del llamado “periodo oscuro” (siglos XII-VIII a.C.), las comunidades cívicas que comenzaban a formarse se plantearon la edificación de construcciones para alojar a sus estatuas divinas, sintieron la necesidad de seguir evocando esa masa arbórea que hasta entonces había servido como entorno de protección y como medio de comunicación con los seres inmortales. Aquella transición no se realizó de una manera brusca, sino que se creó una asociación entre el templo y el bosque que evitaría la ruptura con el ideario de siempre. De ese modo, aunque el santuario se edificara en la acrópolis de la ciudad o en cualquier otra zona desarrollada, la naos seguiría estando protegida por una hilera de postes→

LOS GRIEGOS ESTABLECIERON UNA RELACIÓN ENTRE LOS DIOSES Y DISTINTAS ESPECIES ARBÓREAS: ZEUS Y EL ROBLE, ATENEA Y EL OLIVO, AFRODITA Y EL CIPRÉS, LO QUE CONDUCE A LA IDEA DEL BOSQUE SAGRADO



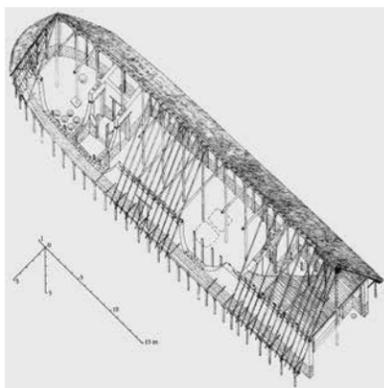
De izquierda a derecha, columna y vista general del Heraion (dedicado a la diosa Hera) en la isla de Samos (Grecia), siglos VII-VI a.C., declarado Patrimonio de la Humanidad en 1992. Página 51, templo de la Concordia, en Agrigento (Sicilia).

Detalle de las metopas y los triglifos del Partenón, templo dórico dedicado a la diosa Atenea, en la Acrópolis de Atenas (Grecia), construido entre los años 447-432 a.C. La planta mide 69,50 metros de largo por 30,88 de ancho, y la altura de las columnas es de 10,4 metros.

de madera que rememorara su contexto originario.

La columnata períptera viene a ser el recuerdo de ese bosque original que había acogido el espíritu divino. Cuando los templos comenzaron en época arcaica a construirse en piedra, los arquitectos dibujaron estrías sobre las columnas para acercar su apariencia a la de los troncos de los árboles. Con estas columnatas se trataba también de crear una estructura vertical que dulcificara la transición entre la sede de la divinidad y el exterior; una pantalla que protegiera a la naos de la luz directa del sol y de los fenómenos atmosféricos y que pusiera en contacto el mundo sacro con el terrenal.

La aparición de los templos restó importancia a los bosques sagrados, aunque estos continuaron ejerciendo algunas funciones espirituales muy importantes. Su inviolabilidad permaneció inmutable después de que los templos recogieran de ellos ese mismo principio, de modo que si alguien solicitaba protección en el seno de un bosque sagrado o de un templo y su sacerdote se la concedía, el perseguidor debía aplazar su búsqueda.



Planta del Heroon de Lefkandi, h. 950 a.C., junto al río Lelas, en la isla de Eubea (Grecia).

En cuanto a las medidas de los templos –teniendo en cuenta que uno de los fundamentos del arte griego es la armonía, que se define como la correcta proporción entre un conjunto y sus partes–, serían los arquitectos del Heraion de Samos quienes emplearon por primera vez un sistema de proporciones que fue resultado de la aplicación del pensamiento pitagórico. La concepción de las obras arquitectónicas sagradas comenzó a someterse a un conjunto de relaciones de reciprocidad y de equilibrio que tenían su base en valores numéricos. Para Pitágoras

(Samos, 570-497 a.C.), la geometría constituía la expresión de un lenguaje esencial capaz de lograr la comunicación entre los hombres y los dioses, y afirmaba que los números son el principio de todas las cosas y representan el carácter inmutable de la realidad. También Platón era tan consciente de que sus alumnos solo podrían comprender el cosmos si antes llegaban a dominar las propiedades y las medidas de las figuras, que mandó tallar una inscripción sobre el frontispicio de su Academia con la leyenda “Aquí no entra nadie que no sepa geometría”.

Como los templos debían servir como un modelo perfecto destinado a expresar los principios esenciales del pensamiento divino, sus arquitectos basaron su organización tridimensional en la *symmetria*, a la que se llega mediante combinaciones numéricas. Los números enteros pueden elevarse al cuadrado o al cubo, permiten la extracción de raíces y forman las más variadas series aritméticas y geométricas, relaciones que son capaces de tejer una red simbólica y expresar un pensamiento coherente. Se trata de una semiología cargada de sentido, basada en esa misma ley del número

que todo lo rige, desde los acordes musicales hasta la estructura del universo, y que llega a constituir una transcripción cifrada de la realidad. El triángulo rectángulo, basado en las proporciones 3, 4 y 5 y en sus respectivos cuadrados (9 y 16, que suman 25), sirve para estructurar una serie de relaciones fundamentales que se trasladaron a las plantas y los alzados de las construcciones sagradas. De ahí la importancia del teorema de Pitágoras, que establece que el cuadrado de la hipotenusa equivale a la suma de los cuadrados de los catetos. Así como se llega al módulo, un elemento presente en la estructura de todos los templos griegos construidos entre el siglo VI a.C. y el II d.C., ya en época del emperador romano Adriano.

Para concebir un edificio proporcionado, los arquitectos relacionaban sus dimensiones con una medida llamada módulo. Todas las demás mediciones, incluida la longitud, la anchura y la altura del templo, se calculaban multiplicando una cierta cantidad de veces ese módulo. La máxi-

ma perfección técnica y estética se alcanzaría en el año 432 a.C. con la construcción del Partenón de Atenas, cuyo módulo se ha llegado a cifrar en 0,858 metros, medida que coincide con la anchura de sus triglifos (espacios que se alternan con las metopas y que, con sus tres bandas verticales, imitan el extremo de las vigas de madera). Así, la distancia entre las columnas de la morada de Atenea Partenos es de 4,923 metros (5 módulos) y su altura de 13,72 metros (16 módulos). La altura total del templo es de 18,01 metros (21 módulos), su anchura 30,88 metros (36 módulos) y su longitud de 69,50 metros (81 módulos). En cuanto a la naos (espacio interior), mide 25 por 60 módulos.

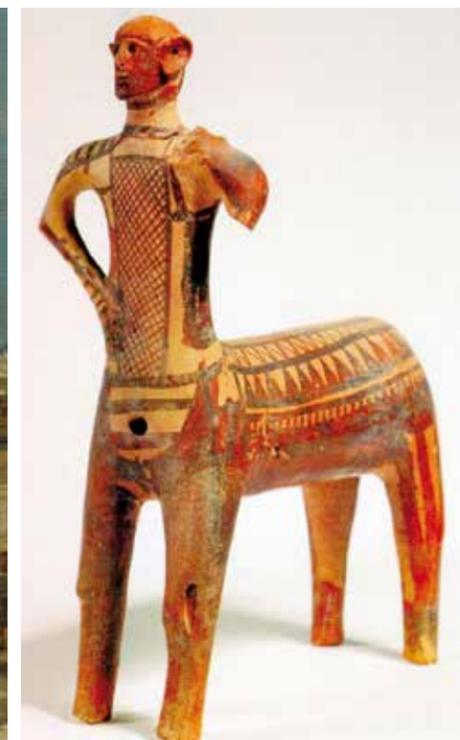
El módulo es la clave de la armonía arquitectónica, una herramienta intelectual que permite alcanzar la eurythmia, es decir, la organización ar-

moniosa de los elementos que componían los edificios sagrados. Las teorías pitagóricas fueron la clave para convertir los templos en puntos de contacto entre el mundo terrenal y el de los inmortales.

Los templos griegos, en definitiva, poseían una significación muy profunda que rebasa con amplitud la cuestión estética. Por ello, no podemos hoy quedarnos en ese estadio a la hora de contemplar sus restos e intentar comprenderlos. Hay que tener en cuenta que el arte por el arte es una ficción moderna y que en aquel tiempo la belleza, aun siendo importante, debía estar en todo caso al servicio de la significación originaria del templo. Solo desde estas premisas, entendiendo que eran edificios sagrados que recogían símbolos antiquísimos, es posible saborear de verdad los templos griegos y recrearse con fundamento en su belleza incomparable. ■

Antonio Penadés es historiador, autor de *Tras las huellas de Heródoto* (Almuzara) y *El hombre de Esparta* (Edhasa). www.antonipenades.es

PARA CONCEBIR UN EDIFICIO PROPORCIONADO, LOS ARQUITECTOS RELACIONABAN SUS DIMENSIONES CON UNA MEDIDA LLAMADA MÓDULO. TODAS LAS MEDICIONES SE CALCULABAN MULTIPLICANDO ESE MÓDULO



De izquierda a derecha, detalle de la entrada del Templo oracular de Apolo, y relieve de la cabeza de Medusa, en Dídima (Turquía).

Recreación de la construcción del Artemision en Éfeso (Turquía), por Hendrik van Cleve III (s. XVI), y centauro de la tumba de Quirón, en Lefkandi (Grecia).